

**CUENTO N° 139**

**TÍTULO: PORTAL**

**SEUDÓNIMO: VIENTO AUSTRAL**

**AUTOR: BARTOLOMÉ YANCOVIC NOLA**

## PORTAL

Viento austral

Al llegar a Santiago, a finales de febrero de 1952, el calor era agobiante, casi insoportable para quien –como yo– procedía de Punta Arenas, la tierra del frío. Me instalé en el Hotel Royal del Portal Edwards, cerca de la Estación Central. Tenía 16 años y todo un mundo por delante.

Gentío, bullicio, transporte caótico, grandes edificios, comercio a gritos... todo para mí era nuevo y extraño.

Otros hechos me parecían sorprendentes y dolorosos, como los niños que vivían en la calle, quienes -en precario equilibrio–, se colgaban de la parte posterior de los trolebuses, y los repartidores de hielo que, a torso desnudo, cargaban enormes bloques acomodándolos en los hombros sobre una deshilachada arpillera. Un mundo distinto que tardaría en comprender.

Las mujeres mostraban sus formas... caminaban altivas seguras; dueñas del mundo y de sus cuerpos. En Punta Arenas, pensé, las mujeres andan con mucha ropa y hay que imaginar bastante...

- *Debes tener cuidado*, me advirtió la tía Antonia antes de viajar.  
*La gente del norte es muy mañosa.*
- *Hay muchos ladrones*, dijeron otros que parecían tener experiencia de vida en la gran ciudad. Ya instalado en el hotel, lo primero que hice fue recorrer el portal, un centro comercial de tiendas y kioscos modestos que entonces me pareció tan fascinante como el mundo de la Quinta Avenida de Nueva York.

Viento austral

Al segundo día observé que, al iniciar mi recorrido por el portal, un gato me seguía, insistente.

- *Muy bien; simpatizan*, exclamó Marta, una atractiva morena dependiente de la tienda de carteras.
- *Me las arreglaré para traerle algo de comida*, respondí, rojo hasta las orejas.
- *No hace falta*, concluyó Marta. *En el portal todos nos preocupamos de alimentarlo. ¡Este gato sólo necesita un dueño!*

Tratando vanamente de ocultar mi nerviosismo, pregunté, contrariado:

- *Entre la gente del portal, ¿no hay nadie que se lleve el gato a su casa para cuidarlo?*
- *Sí. Pero este animalito es muy arisco. Yo misma he querido llevármelo y no se deja. También lo ha intentado Mario, el dueño del taller de llaves, y no hay caso...*

Fueron pasando los días. Con la ayuda de la gente del portal mejoraba mi manejo en la gran ciudad. Me orientaba mejor, sabía que tranvías o trolebuses tomar para ir al Pedagógico, el Correo, etc. Me advirtieron que en los buses debía andar *'con la plata justa'*. Ese no era mi problema: siempre andaba con la plata justa... porque no tenía más.

Cada vez que salía del hotel invariablemente aparecía el gato, como un fantasma.

Viento austral

Al cuarto día, al atardecer, en una esquina del portal, alguien me ofreció una lapicera *Parker 51* a precio de ganga.

- *¿Por qué la vende Ud. tan barata?* pregunté apurado, ansioso.
- *Tengo urgencia de dinero, joven. Mi hija está enferma; tengo que ir a la Farmacia Andrade a comprar un remedio y no tengo plata. Por eso la vendo señor,* dijo. A mi lado, el gato observaba la inminente transacción sin inmutarse.

El relato y la tristeza del vendedor eran conmovedores. No tuve ni sombra de duda: sabía que la farmacia quedaba algunas cuadras más abajo del hotel y que la lapicera... *¡era una Parker!* Cerramos el negocio.

Nervioso subí a mi habitación pensando en las penas del vendedor; seguramente un oscuro y mal pagado burócrata. Pero también sentí íntima satisfacción por la compra: la *Parker 51* era la mejor estilográfica de la década del '50, inalcanzable para un estudiante de recursos modestos. *Mañana mismo*

– *pensé -, le escribiré a mi madre, con todos los detalles, para que sepa cómo me desenvuelvo en Santiago.*

Ya en mi habitación comprobé, con sorpresa y rabia, que la *Parker 51* era una vulgar imitación. *He sido un estúpido,* pensé, recordando con angustia las advertencias de tía Antonia. La ciudad me pareció hostil y añoré el ambiente pequeño y protegido de Punta Arenas. *En todas partes pasan cosas* concluí a manera de consuelo.

Viento austral

Le comenté a Marta lo ocurrido agregando algún comentario de mala leche sobre la viveza santiaguina. Reaccionó con molestia:

- *¿Cómo pudiste caer con un cuento más antiguo que el hilo negro?*
- *Yo no sabía que...*
- *Deberás tener más cuidado, interrumpió. Y debes saber que no es cierto que aquí la gente sea mala. ¡Mira lo bien que te tratamos nosotros!, concluyó, disipando mi contrariedad.*

La noticia circuló con rapidez en el portal...

- *Eres 'muy nuevecito' comentó Marcos, el dueño del kiosco de cigarrillos. La gente se da cuenta al tiro sin andas 'pajareando'...*
- *Pero nosotros somos tus amigos y estamos para ayudarte, advirtió. Además, mira cómo el gato te sigue y hace fiestas.*

Al día siguiente les avisé que dejaría el hotel, instalándome en un hogar estudiantil de la calle Carrera.

- *Debes llevarte el gato, dijo Marta, tajante.*
- *No puedo. ¿Cómo voy a llegar al hogar con un gato? ¿Qué le digo al director de la residencia?*
- *No digas nada, señaló Marta. Los estudiantes, concluyó, son gente buena; los cocineros y los mozos de las residencias, también. Además, el hogar tiene un gran patio interior y el animalito vivirá mejor.*

Viento austral

Empaqué. A la salida, Marta me esperaba, más bella que nunca, sosteniendo con firmeza una cesta de mimbre.

- *Te voy a acompañar para que no te pierdas*, dijo con picardía.
- *¿Qué nombre le ponemos al gato?*, pregunté con entusiasmo y algo de preocupación.
- *Ponle Portal, así te acordarás siempre de nosotros.*

////////////////////////////////////